

BIBLIOTECA GENERAL

LXXIV.

EL PECADO CONTRA EL ESPIRITU SANTO.

Toda esta obra virtiginosa del espíritu conturbado por la gracia celeste y por la humana fantasía duró sólo una hora. La timorata mistress Needle volvía palpitante para pedir consejo á la joven, á la cual en el primer ímpetu de su vanidad ofendida, casi acusó de cruel y desapiadada: ¡con tanta evidencia conocía el corazón amigo y leal de Julia! Vió su habitación llena de luz aún, y la puerta entornada. Acercóse sin hacer ruido, y . . . ¡qué vió! La napolitana seguía en su alcoba, y oraba en su re-

clinatorio, teniendo detrás, de rodillas, á Clara y á Clemencia. Suspendió la señora el paso, contuvo la respiración y dijo para sí;—¡Luego Julia usúrpage ahora la libertad en mi propia casa....! ¡Reune á mis hijas para que oren con ella, y á su modo....! ¡Sin consultarme! ¡Ocultamente! ¡De noche....! ¡Contra nuestras convenciones terminantes!—Hirviendo su mente, trataba de penetrar de improviso en la estancia, y persuadir á Julia de que nunca le había concedido tal autoridad, no pudiendo usarla con osadía de aquel modo, reprochándola también por haber faltado á sus promesas. Más, como siempre, contuvo el ímpetu de la pasión tumultuosa, extinguió aquella llamarada de cólera, é hizo que prevaleciese su innata mansedumbre y su respeto á la joven. Retrocedió sin decir palabra, y habiéndose ido al cuarto de las pequeñas, halló á Kelerina arrinconada entre dos lechos y cayendose de sueño.—¿Qué haces aquí? le preguntó.

—Aguardo á las señoritas, dijo la camarera, restregándose los ojos soñolientos.

—¿Dónde están?

—Con su maestra.

—¿Qué hacen con Julia todas las noches?

—¿Cómo? Nunca, nunca van. Ha sido un capricho de hoy. No he logrado que se acostasen, sin ver antes de nuevo á miss Julia.

—¿Para qué? ¿Te lo han dicho? preguntó la señora.

—Lo ignoro, contestó Kelerina; solamente decían que miss Julia lloraba, y que le querían dar un beso antes de dormir.

Tan noble y afectuoso pensamiento de sus hijas endulzó el corazón de la madre, á la cual enamoraban las cosas bellas y gentiles, sobre todo en sus pequeñas: aún quiso poner la cosa más en claro, y preguntó:—¿No las había llamado miss Julia?

—Lo ignoro; más sé que dos veces he ido para traerlas, y que ni yo ni su maestra hemos logrado sacarlas de allá. No la sabían dejar: lloraban como dos corderas, y querían permanecer en su alcoba. Finalmente, miss Julia, para concluir, les dijo:—Vamos, rogad un momento también á la Virgen, y marchaos después á dormir; de lo contrario, inquietareis á la mamá.—

Estas pocas frases de la fiel Kelerina concluyeron de aplacar á mistress Needle, que se gozaba por el buen corazón de sus niñas: mucho más se alegró de no haberse dejado llevar del injusto resentimiento.

Volvió sin hacer ruido, y asomóse á la estancia de Julia. Las pequeñas continuaban de rodillas, y su tierna madre, casi olvidándose de la cuestión apremiante del pecado contra el Espíritu Santo, se detuvo á contemplarlas inmóviles, juntas las manos, y el rostro dirigido á la imagen de la Virgen:— ¡Pobres pequeñitas! decía para sí; ¡cuán aceptas son á sus ojos en su actitud actual...! ¡Ah, mis amadas no resisten de seguro á su conciencia...! ¡Tienen puro el corazón: Julia las conduce como dos angelitas...! Es justo que la quieran consolar si la ven afligida.—

Mientras el corazón maternal de mistress Needle se enternecía por tales reflexiones, Julia dirigióse á sus discípulas, y les dijo:— Ahora basta; sed buenas y obedientes. Que no tenga que aguardar más Kelerina: también ella, la pobre, necesita descansar.— Clara y Clemencia se levantaron, y, acariciadas por la joven, salieron de su cuarto. Apartóse la madre un poco para no ser vista, y luego se acercó á la puerta:— Como veo luz, imagino que aún estás levantada, ¿no es verdad, Julia?

—Levantada, sin duda, respondió la joven, saliendo á recibirla. ¿En qué puedo servirlos?

—¡Qué quieres! No puedo dormir sin averiguar qué cosa sea el pecado contra el Espíritu Santo.—

Observó la joven que sus palabras habían abierto brecha profunda; y queriendo por las vías suaves fortalecer la verdad que con rigor había expresado, dijo:— ¡Oh! ¿Por qué os atribula, señora, lo dicho? Ni vos, ni yo, ayudando el Señor, caeremos nunca en él.

—Esperémoslo; más debes explicármelo bien todo.

—Si lo quereis, respondió Julia, nada tan fácil. Los católicos llaman pecado contra el Espíritu Santo el que se opone directamente á la gracia, que nosotros atribuimos especialmente á la tercera Persona, que es espíritu de amor, por más que realmente la gracia sea operación de las tres divinas Personas. Por ejemplo, se opone diametralmente á la gracia el propósito de no arrepentirse nunca, y el desesperar del perdón de los propios pecados. Como comprendéis, esto no es caer por humana fragilidad, sino conducirse malvadamente y por pura malicia contra la misericordiosa disposición de Dios, que nos ofrece su perdón, invitándonos á la penitencia.

—Más, hablando conmigo, te referías ciertamente á cosa diversa.

—Si: á lo que más propiamente llama el Evangelio blasfemia contra el Espíritu Santo; v. gr., la de los judíos, que, no pudiendo negar los milagros patentes del Salvador, seguían con perfidia calumniándolos, como si fueran hechicerías del demonio, lo cual llama el vulgo impugnar la verdad conocida. . . . Más vos, ni por sueños habeis caído en ella.

—Sin embargo, poco antes me decías. . .

—¿Yo? ¡Guárdeme Dios de atribuirlo este delito pésimo, y de sospecharlo ni por sombra! Debería entonces reputaros enemiga del Señor y con un pie en el infierno. Dije sencillamente que, si llegáseis á conocer claramente la verdad de la Religión católica y persistiéseis, con todo, en rechazarla, incurriríais en este pecado.

—¿Por qué, pues, preguntó mistress Needle dando un gran suspiro, has querido amedrentarme?

—Porque, aún á costa de disgustaros, quería yo advertiros de vuestro peligro. Me llamásteis amiga, por vuestra bondad, muchas veces; ¿mereciera yo tal nombre si os hiciese traición en tan grave asunto? Parecíame una hipocresía encubrir más tiem-

po que teneis obligacion de resolver vuestras dudas, indagando lealmente la verdad.

—¿Crees, por tanto, que tengo solo la obligacion de inquirir la verdad?

—Nada más, y nada menos, respondió Julia. Más sabeis que con frecuencia, entre la indagacion de la verdad y su encuentro, corre sólo un instante, y que cuando no queda ninguna razon que vede admitir la ya conocida, ¡ay del que murmura, del que contemporiza y del que resiste! Entonces sí que comienza la rebelion contra el Espíritu Santo y la condenacion casi anticipada. Lo sabeis por la Biblia: *el que no cree, ya está juzgado.* —

La pobre atribulada, que habíase animado un poco al oír las primeras dulces frases de Julia, por las postreras se sintió caer de nuevo en sus incertidumbres pavorosas. Por una parte se daba la seguridad de no haber caído en el pecado irremisible, y por otra temía estar en el borde del abismo. No podía poner en duda las palabras de la joven, porque limitábase á citar la Biblia con su sentido evidente y óbvio, inculcándosela con la saludable tiranía que toma fuerza del ingenio, de la virtud y del amor. Mistress Needle hallábase afligida y

abrumada. Se levantó y dijo:—Antes de acostarte ruega un momento por mí.... No sé si podré cerrar los ojos esta noche.... La tormenta que ruge (se descargaba el aguacero entonces) es nada si la comparo con la que destroza mi corazón.

—No os atormentéis vos misma, respondió Julia: rogaré por vos con todo el afecto de mi alma; mas no permitais por vuestra parte que os domine la fantasía. Es tarde: decid sinceramente al Señor que sólo quereis conocer la verdad á fin de abrazarla, y luego seguir tranquila en sus brazos.

—Por la gracia de Dios, replicó la Needle, poniendo una mano sobre su corazón, jamás he repelido como falso lo que me parecía verdadero.

—Consolaos, pues; no habeis nunca resistido al Espíritu Santo, dijo Julia interrupiéndola.

—A lo más siguió la señora, puedo haber alejado de mí las dudas sobre mi religión; pero ¿no lo haces tú también?

Julia:—Sí, por cierto; mas muy diferente sin duda es mi condición de la vuestra. El católico descansa seguro en la evidente veracidad de la Iglesia, que sólo le propone lo revelado por Jesucristo. Por

consiguiente, si le ocurren dudas, racionalmente no puede hacer más que rechazarlas, por ser injuriosas á Dios. Para él, poner en tela de juicio una verdad revelada, es desconocer la veracidad de Jesucristo revelador, y concebir la idea de que Dios engaña. A lo más, el católico puede dudar si una cosa es enseñada verdaderamente por la Iglesia ó no, en cuyo caso sin dificultad se tranquiliza, interrogándola: entre tanto, hasta que no ha podido saber si la cosa está ó no revelada, suspende su juicio bastándole creer en general cuanto la Iglesia enseña ó enseñará. Así, el católico nunca puede dudar sin pecado. Sucede todo lo opuesto al anglicano. Si de buena fe admite las opiniones de su secta, debe saber que su iglesia protestante es una institución que nació ayer, completamente humana, sin milagros ni distintivos de sociedad divina, variable de derecho, y de hecho y que ni aun ella se arroga la facultad de proponer la doctrina de la fe infaliblemente....

—Más consideramos autoridad infalible á la Escritura, dijo la Needle.

—Supongámoslo, respondió Julia; supongamos también que vos no podeis negar en conciencia vuestra fe á la Biblia.

Siempre juzgais sobre su sentido. Está en esto la esencia del anglicanismo, y de las demás sectas protestantes. Ahora bien; si consultando la Biblia comenzais á dudar, y luego conoceis claramente que los dogmas anglicanos no están en ella, teneis el derecho y el deber de recharzarlos; derecho y deber que nacen de vuestra misma profesión anglicana. Igualmente, si consultando la Biblia os parece que los dogmas católicos están allí, es fuerza que los acepteis y creais, en virtud también de vuestra profesión protestante. En una palabra: el anglicano sincero en ocasiones puede y debe dudar de su fe, porque no duda entonces de la veracidad de Dios, sino de su propia inteligencia cuando inquiere la revelación divina.—

Mistress Needle se hizo repetir una y dos veces esta teoría de Julia, que la descargaba de una terrible aprensión. Después que hubo penetrado claramente su exactitud, se despidió algo tranquila, sin que por ello la dejara el terror de cometer el pecado contra el Espíritu Santo.

LXXV.

TEMPESTAD Y LUZ.

Al entrar de nuevo en sus estancias, mistress Needle despidió á la camarera, que la esperaba con el fin de prestarle sus servicios. No sabía, ni quería, ni podía pensar en dormir, si antes no llevaba la paz al fondo de su corazón, trabajado por las oscuras aprensiones del remordimiento: la escrupulosa mujer temblaba de indecible horror al pensamiento de dormirse culpable del pecado contra el Espíritu Santo. Cayó de rodillas en medio de su habitación, y levantándose con todo su espíritu a fin de a-